

EL "DICCIONARIO HISTORICO" Y OTRAS CUESTIONES LEXICOGRAFICAS *

EL DICCIONARIO HISTORICO

Hace años que la Real Academia Española está empeñada en la tarea de preparar un Diccionario Histórico que presente en toda su extensión y variedad el léxico usado por los hispanohablantes a lo largo de los siglos. Tal Diccionario difiere del de autoridades en no limitarse a los usos recomendables y asentados ni a los ejemplos de clásicos españoles. Pretende recoger el vocabulario de todas las épocas y de todos los ambientes, desde el culto y señorial hasta el plebeyo, desde el de área geográfica general hasta el exclusivo de un país o región, desde el duradero hasta el de vida efímera. La recolección de materiales se inició con arreglo a un plan trazado en 1914; veinte años después dió como fruto dos tomos, que comprendían desde la A a la sílaba Ce, y que vieron la luz en 1933 y 1936. Habiendo desaparecido las existencias de estos volúmenes en un incendio ocurrido durante la guerra civil, la Academia decidió comenzar de nuevo la publicación con arreglo a un proyecto más ambicioso, más a tono con las exigencias científicas del momento. Como instrumento necesario para llevar a cabo tal empresa, fué creado en 1946 el Seminario de Lexicografía, organismo auxiliar de la Academia, probado desde entonces en nueve años de fructífera labor. Su director, nuestro secretario perpetuo, don Julio Casares, trazó el nuevo plan del Diccionario, y dió cuenta, en Memorias anuales, de la marcha de los trabajos. Hubo que reunir y formar personal especializado, con la fortuna de lograr la colaboración de lingüistas tan justamente renombrados como don Salvador Fernández Ramírez y don Samuel Gili Gaya; hubo que someter a riguroso examen la fidelidad del material reunido; fué necesario fijar normas para la elaboración y presentación de los artículos, y, como término de esta etapa inicial, se publicó en diciembre de 1951 una Muestra, constituida por un pliego. Repartida, con petición de crítica, a varios centenares de entidades, técnicos e hispanistas extranjeros, la Muestra tuvo favorabilísima acogida. En la Memoria del Seminario correspondiente a 1952 pueden verse algunos de los juicios—y también reparos de detalle—que mereció. Desde entonces ha proseguido el Seminario su callada tarea, venciendo un sinnúmero de dificultades, y en este año confía dar a la imprenta lo que será un fascículo de unas 600 columnas.

Entre las preocupaciones del Seminario, ocupó lugar importante desde el primer momento la recolección del léxico hispanoamericano y filipino. Se hizo una primera selección de autores y se emprendió su papeletización; en 1951 la Muestra pudo juntar a los ejemplos de escritores españoles buen número de autoridades hispanoamericanas, con los nombres de Martí, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Ricardo Palma, Blest Gana, Zorrilla San Martín, Ricardo Güiraldes y Juana de Ibarbourou, entre otros, aparte de los lingüistas y lexicó-

* En la sesión plenaria del 27 de abril de 1956 se plantearon y resolvieron importantes cuestiones relativas al futuro *Diccionario histórico* de las Academias y a la incorporación al léxico académico de vocablos nuevos. Entre las ponencias estudiadas resalta la de don RAFAEL LAPESA, "Colaboración de las Academias al *Diccionario Histórico*"; la del colombiano CARLOS MESA, C. M. F., sobre igual tema; la del doctor MARAÑÓN, sobre la utilidad de aumentar en el Diccionario los vocablos técnicos y científicos de uso corriente; la de la Academia Mejicana, sobre vocabulario filosófico no registrado en el Diccionario; las enmiendas lexicográficas presentadas por don JULIÁN MOTTA SALAS, de la Academia Colombiana, y la elaboración de un Diccionario sociológico dentro de las normas académicas que dan unidad y pureza al idioma español, según ponencia del académico nicaragüense don JULIO YCAZA TIGERINO. En estas páginas damos cuenta de lo más destacado de los materiales sujetos a estudio y deliberación.

grafos. En ocasiones pudimos documentar desde el siglo XVIII algún vulgarismo discutido como balear y abalear. En la actualidad, el número de cédulas correspondientes al léxico hispanoamericano es de casi 407.000, sin contar las de referencia ni muchas procedentes de vocabularios particulares y revistas de lingüística. Incluyendo unas y otras, se llegaría a un número superior a las 600.000. La repartición por países es muy desigual, y no siempre obedece al distinto volumen de cada literatura, sino que está condicionada por el número de obras de que ha podido disponerse, ya por figurar en la biblioteca de la Academia, ya por haberlas obtenido en préstamo el Seminario. Va a la cabeza Argentina, con 74.251 fichas, seguida de Colombia (57.945), Perú (53.099), Chile (37.598), Nicaragua (32.027), Méjico (30.790) y Cuba (30.051). Repito que las cifras no representan preferencia alguna ni guardan proporción con la importancia de las literaturas respectivas: por ejemplo, de la mejicana hay un número de fichas muy inferior al que correspondería a su riqueza.

Ese total de 600.000 para Hispanoamérica y Filipinas no es satisfactorio: si tenemos en cuenta que el número de fichas reunidas para el Diccionario rebasa los 6.000.000, no deberíamos contentarnos con menos del millón y medio. Los señores congresistas recibirán una lista de autores y obras despojados. En ella advertirán ausencias que nosotros notamos también en gran parte. La relación de desiderata sería larguísima. Para esta recogida de material pedimos el auxilio de las Academias aquí representadas. La forma de cooperación más eficaz será, desde luego, la de enviarnos cédulas, sobre todo papeletizando cuanto ofrezca interés en obras enteras. En el Boletín de la Academia, año 1948, página 145, apareció la primera solicitud de colaboración. Hemos de confesar que sólo fué atendida por unos pocos, aunque fervorosos, particulares. Si cada Academia tomara a su cargo la papeletización de los autores del país respectivo, o, por lo menos, la de algunos, su aportación aliviaría grandemente nuestro trabajo. En el referido Boletín de la Academia de 1948 hay detalladas instrucciones para unificar procedimientos; sólo tendríamos que añadir ahora que el interés no se limita a las palabras o acepciones exclusivas o características del español hablado en Hispanoamérica, en algunos de sus países, o en Filipinas; nos interesan igualmente ejemplos americanos y filipinos de los usos comunes con el español de España. Tan valiosa es una muestra del neologismo rioplatense retomar como del equivalente general recoger; de botar, como de arrojar o tirar; de bravo como de iracundo, irritado o furioso; de pollera como de falda; de frazada como de manta, etc., etc.

Otra forma de colaboración consistiría en el envío de obras difíciles de adquirir desde España. Hay en esto un aspecto de ayuda económica que no es, en modo alguno, desdeñable. Pero ya el mero hecho de proporcionar las obras, de encontrarlas y remitirlas, ofrece dificultades que los libreros no logran allanar desde aquí. Sería, pues, muy deseable que cada Academia suministrase —o recabara que su Gobierno lo hiciese—aquellas obras del país respectivo que a su juicio deban entrar en el Diccionario histórico.

Una última, pero importantísima, forma de cooperación consiste en algo que la Real Academia Española viene solicitando repetidamente: la revisión de los americanismos. Convendría que cada Academia nos informase de aquellos que deban figurar en el Diccionario Histórico y no estén recogidos en los vocabularios publicados; asimismo sería oportuno que nos indicase los supuestos americanismos, argentinismos, chilenismos, colombianismos, etc., que figuran en los diccionarios y no responden a una realidad; finalmente, las Academias podrían prestarnos valiosísima ayuda calificando el ambiente y estimación de las palabras (de uso general, literario, coloquial, familiar, vulgar, inculto); no nos basta saber que enojado se emplea en Argentina, sino que, a diferencia de España, es allí el término más espontáneo, no sólo literario. En el campo de los eufemismos y disfemismos, tales informaciones serían preciosas. Mientras esta cooperación, tantas veces solicitada, no se nos preste de manera efectiva, será injusto imputar a la Real Academia Española responsabilidad en muchos de los errores que en tales materias cometan sus Diccionarios.

Hay, pues, amplio margen para que las Academias de la Lengua colaboren en el Diccionario Histórico. De la atención que presten a nuestro ruego y de la eficacia con que lo satisfagan dependerá en gran parte el éxito de una empresa que no importa sólo a cuantos aquí estamos reunidos, sino a todos los amantes del idioma.—RAFAEL LAPESA.

1) La R. A. E. "trata de formar por primera vez el repertorio exhaustivo de la lengua española, de toda la lengua, recogiendo desde los orígenes hasta hoy la totalidad de las expresiones con que se ha enriquecido, sea cualquiera el lugar de la comunidad hispana en que tuvieron nacimiento".

2) La realización del Diccionario Histórico debe ser tarea y empeño común de todas las naciones del mundo hispanohablante, en atención a obvias razones históricas, culturales y espirituales.

3) La R. A. E., desde que planeó tan vasta obra, contó con la segura colaboración de las Academias nacionales correspondientes, ha invitado repetidas veces a colaborar en la empresa y no podría, por sí sola, darle feliz remate.

4) Primordial y fundamentalmente, las Academias nacionales correspondientes de la Real Española son las indicadas y llamadas para una colaboración eficaz y activa.

5) Esta colaboración podría tener dos cauces: 1.º solicitar de los respectivos Gobiernos un decoroso auxilio económico para sufragar los gastos cuantiosos que exige el mantener un grupo de lingüistas y lexicógrafos dedicados a la redacción del Diccionario, y 2.º, el dedicar parte de sus actividades propias a dirigir las colaboraciones colectivas o personales que se ofrecieren en cada país.

6) Las Academias nacionales correspondientes harían una tarea meritísima previa al seleccionar los autores de cada país en cuyas obras debería empezarse el rebusco y espigado de autoridades o citas. Entre dichos autores habrían de figurar los que hoy vienen y colaboran en los principales periódicos, pues así se ha practicado en la Muestra del Diccionario Histórico, publicada por la R. A. E.

7) Podría completarse también la cooperación con el envío de los clásicos nacionales, del presente y del pasado, a la Biblioteca de la R. A. E., deficiente en este linaje de libros.

8) La colaboración de las Academias nacionales correspondientes al Diccionario Histórico no habría de ceñirse al apoyo o justificación de los americanismos o localismos, sino también de los vocablos, acepciones y expresiones del español universal, ya que nuestra lengua tan viva está allende como aquende el mar. Tan buen modelo, para el caso, es Juan Valera como Marco Fidel Suárez.

9) La Academia de cada país debe solicitar la colaboración de los entendidos y también de algunos centros culturales. Para ello sería eficaz el establecimiento de un Seminario de Lexicografía en algunas Universidades, o simplemente de un grupo de aficionados que, bajo la dirección de un experto maestro, se comprometiera a espigar en los autores de la región en conformidad con las normas, tan claras y prácticas, publicadas en 1948 por la R. A. E.

10) Convendría divulgar estas mismas Normas en las principales revistas culturales de cada país para despertar iniciativas y colaboraciones.

11) Podría ser tarea de las Academias correspondientes de la Española el revisar este material lexicográfico antes de remitirlo, como definitivo, para su inserción en el Diccionario Histórico.—CARLOS MESA, C. M. F.

* * *

EL II CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

CONSIDERANDO:

1) Que es urgente la publicación de un Diccionario Histórico de nuestra lengua tan completo como sea posible, y no inferior al que tienen otros pueblos cultos, y

2) Que todos los pueblos de habla española tenemos que considerar esta empresa como propia,

ACUERDA:

1) Reconocer la importancia del Seminario de Lexicología de la Real Academia Española y dar un voto de aplauso a la labor que ha llevado a cabo hasta ahora.

2) *Las Academias representadas en este Congreso harán ante sus Gobiernos respectivos las gestiones necesarias a fin de que ellos, cumpliendo su obligación de defender y cultivar el idioma patrio, contribuyan con sumas apropiadas a su sostenimiento y mantengan becados en él uno o varios alumnos graduados en Letras, los cuales puedan, después de un año de preparación, colaborar en el Diccionario Histórico o regresar a su patria al servicio de las respectivas Academias o Universidades.*

3) *En vista de esta colaboración de todos los pueblos hispanos, el Seminario se llamará en adelante Instituto Internacional de Lexicología Hispánica, y seguirá funcionando en Madrid bajo la dirección de la Real Academia Española.*

VOCABLOS TECNICOS Y CIENTIFICOS

La vida moderna plantea a todos los idiomas la necesidad de utilizar a diario un gran número de palabras técnicas y científicas. ¿Qué actitud deben adoptar las Academias frente a esta invasión que, de hecho, inevitablemente ocurre en el lenguaje vulgar?

La discusión de este problema, quizá el más grave que hoy se plantea a los curadores de los idiomas cultos, debe plantearse, lexicográficamente, desde tres aspectos:

1. *Si los Diccionarios deben seguir conservando su carácter principalmente literario, o deben abrirse también a los tecnicismos.*

2. *Si se admite la incorporación de los tecnicismos, fijar la cuantía de esa incorporación.*

3. *Determinar el modo de realizarla.*

DICCIONARIO LITERARIO O TAMBIÉN TÉCNICO

Sobre si los Diccionarios generales deben adoptar los tecnicismos, no hay en principio posible discusión. Los grandes idiomas que han servido de instrumento a la civilización actual están literariamente casi agotados. Los creó un modo de vida de eficacia soberana, en la que era todavía nuevo el hecho de la existencia misma de los hombres y de las cosas, y por tanto estaba vivo y ardiente el deseo de conocer a unos y otras y de encontrar su razón y su fin. Estas actividades del espíritu crearon hasta los comienzos del siglo XIX el lenguaje vulgar y el literario, el filosófico y el teológico, y finalmente el repertorio de las ciencias naturales y el todavía inicial de las ciencias físicas y exactas.

Hasta esa fecha los Diccionarios se nutrían de la voz del pueblo, de la literatura y de la crónica, de la teología y de las ciencias de la pura observación. Las ediciones sucesivas de un buen Diccionario como el nuestro representan un aspecto íntimo y exacto de la evolución de la Humanidad en general y de la evolución de la cultura a la que la lengua pertenece. Y así vemos que en las dos primeras ediciones de nuestro Diccionario—1780 y 1783—está comprendido, prácticamente de un modo completo, el repertorio de esos tres grandes grupos de voces—el popular, el literario, el de la historia natural—, y no sólo completo, sino en general lleno de profunda sabiduría. Son muchos los humoristas y los pedantes que han hecho la crítica de muchas definiciones de nuestro Diccionario. Pero sólo el que lo usa como instrumento de trabajo puede darse idea del caudal de competencia y de rigor que pusieron en él aquellos beneméritos antecesores nuestros, muchos de los cuales apenas han dejado otro recuerdo público de su nombre que el figurar en la lista de académicos que inauguraba cada edición del Diccionario.

Después, las sucesivas versiones de nuestro léxico oficial—y la evolución es aproximadamente paralela a la de otros países—se limitan a pulir y retocar el idioma y a sumar a su caudal voces y giros hijos de la actualidad, muchos de ellos con excesiva servidumbre a esa actualidad y por tanto sin sentido trascendente y duradero.

Y así llegamos a la mitad del siglo XIX, en el que súbitamente sobreviene la avalancha de publicaciones relativas a la ciencia del hombre como colectividad y al comienzo de las industrias y de las técnicas aplicadas, actividades

que revolucionan la vida y el espíritu de los hombres. Hasta entonces, la ciencia era apenas nada más que curiosidad. Renán, por aquellos tiempos, decía: "Estar indiferente ante el Universo es cosa imposible para el hombre." Pero en adelante la ciencia ya no será sólo curiosidad, sino invención, creación. Y la creación es no sólo cosas que salen de la nada, sino palabras que nacen al mismo tiempo; a veces, sólo palabras que encubren hechos frustrados, pero aun entonces, palabras que tienen ya derecho a la perennidad.

Los Diccionarios oficiales en todo el mundo han mostrado cierta resistencia ante el aluvión de los modernos tecnicismos; una resistencia que podría tener su explicación. Pero a la vez un pecado más grave: el de la indiferencia. El hombre crea la palabra al par que el invento y, por lo común, no se cuida de que su parto filológico se atenga o no a las reglas del arte. Y por eso, con mucha frecuencia nacen palabras que son abortos o monstruos; pero que, sin embargo, corren y se afianzan de boca en boca y, en cuanto este contagio se ha realizado, ya nadie las puede variar. Porque es más fácil desarraigat una idea de la mente de los hombres que modificar una palabra incorrecta. A centenares podrían citarse ejemplos de modernos tecnicismos que pugnan no sólo con la ortodoxia filológica, sino con el sentido común. El ojo que debiera ser vigilante de las Academias se distrajo ante ellos, y a poco ya nadie puede cambiar el barbarismo.

La secreta o explícita hostilidad de los académicos frente a los tecnicismos se debe a una causa principal: a que el espíritu de los académicos es fundamentalmente, tradicionalmente literario y crea un ambiente que sería injusto llamar despectivo hacia los tecnicismos; pero que quizá no fuera inexacto tachar de aristocraticista. "Para eso están los Diccionarios técnicos", suele oírse en las Academias literarias con frecuencia y con cierto desdén al tratar de esta cuestión.

Pero la vida no se divide ya en literaria y en técnica. Quiérase o no, somos ya todos técnicos. El poeta más puro o el filósofo que vive en pura abstracción están necesariamente contaminados, cada una de las horas del día, con las técnicas y con su lenguaje, por la sencilla razón de que todos las necesitan. La técnica tiene la vitalidad y la razón de ser suprema de su necesidad y de que, inexorablemente, lo será más cada día. Y su lenguaje es igualmente inseparable de la vida, y en consecuencia tiene derecho también al cuidado oficial, es decir, a la misma limpieza, a la misma fijeza y al mismo esplendor de sus vocablos, que los vocablos literarios.

Sobre esto, sobre la razón de incluir las técnicas en los grandes léxicos, no hay, pues, posible duda dentro de una lógica elemental.

EL PROBLEMA DE LA CUANTÍA

Y llegamos así al segundo punto. ¿Cuál debe ser la cuantía de la incorporación de los vocablos técnicos al acervo tradicional? Aquí sí es necesaria la máxima prudencia. Porque el lenguaje técnico y el tradicional se diferencian fundamentalmente en su fugacidad. Y lo fugaz no debe caber en el Diccionario. Inútil es observar que la historia del hablar humano está llena en todos sus periodos de voces que tuvieron sólo una actualidad fugitiva. Un idioma es una forma de vida y sus palabras son como las células de un organismo, que tienen unas u otras diferente destino y duración: unas sirven sólo para unos días y desaparecen; otras duran cierto tiempo, y sus cadáveres perduran sirviendo de esqueleto a las nuevas formas de expresión; otras, en fin, conservan una perenne vitalidad hasta que la lengua muere, dejando sólo, quizá como recuerdo, algunos signos labrados en una piedra que sirven para reconstruir el idioma extinto, como unos trozos de hueso permiten rehacer la morfología de una especie animal desaparecida.

Esta es condición general de las lenguas. Mas, en los aspectos técnicos de ellas, la duración no suele tener el ritmo generalmente lento del lenguaje tradicional. Surge el invento, y con él su nombre; y muchas veces desaparecen a poco, como fuegos de artificio, porque ya no sirven o porque se superan sin cesar. La necesidad de la superación es la característica de las técnicas. Y a poco, no queda de ellas más que el recuerdo de su nombre. De aquí el triste destino de los libros científicos, incluso de los más insignes, que es el breve vivir. El lenguaje tradicional tiene un diccionario histórico, cementerio que se

va formando lentamente, con un ritmo de siglos. El diccionario histórico de la ciencia, si se hiciera, estaría formado por voces que tuvieron una vida de mariposas, y además sería intermizable.

El lexicógrafo debe recoger, en consecuencia, todas las palabras que representen una realidad científica con visos de permanencia; y no las que nazcan teñidas ya de la fugacidad del ensayo. Se me dirá que el trazar el límite entre unas y otras es siempre hartó difícil y muchas veces imposible. Pero la Academia tiene que asumir la responsabilidad de intentarlo. Definitivo, repetimos, no hay nada en la ciencia; ni, rigurosamente, en la vida. Mas el experto, el especialista, puede valorar con una razonable seguridad la posible permanencia de cada hecho técnico y de sus nombres para hacerlos figurar o no en los vocabularios oficiales. Acaso estos nombres sea preciso modificarlos después. No hay inconveniente en hacerlo; mas siempre con cautela, porque hay variaciones de los conceptos científicos que son más fugaces a pesar del prestigio que les da la novedad que los propios conceptos cuando nacieron.

No hay códigos ni reglas, en suma, para llevar a cabo esta adopción de los tecnicismos. Pero es preciso hacerlo, y hacerlo con tacto, sin demasiada dilación ni demasiada prisa; y, en caso de duda, si se peca, pecar por exceso de indulgencia, por amplitud de cedazo. Una palabra, la peor formada, la que menos contenido de realidad tenga, es siempre la expresión de una cosa creada, quizá mínima, pero que casi nunca está, hoy o mañana, exenta de servir para algo.

FORMAS DE REALIZACIÓN

La forma en que se realice la inscripción del tecnicismo tiene mucha importancia. Llegamos con ello al tercer aspecto de nuestro problema.

Antes recordaba que con frecuencia reclaman algunos que las palabras técnicas se releguen a los vocabularios técnicos. Y al rechazar nosotros esta solución, queremos hacer empero una salvedad: los términos técnicos, muchos de los que lo merezcan, con generosa amplitud, deben figurar en los vocabularios generales y no sólo en los especiales. Pero deben figurar sometidos a un estilo definitorio que no es el mismo que el de los vocabularios técnicos. La verdad no es más que una, para los técnicos como para los profanos; pero la definición de las verdades humanas ha de tener un matiz diferencial según a quien se dirijan. Casi todas las nociones científicas tienen un sentido general asequible a las mentes no especializadas y otro sentido rigurosamente elaborado. Aquel matiz general es el que debe infundirse en las definiciones técnicas de los Diccionarios literarios.

Insisto en esto porque en nuestro mismo Diccionario las definiciones de los naturalistas de las primeras ediciones y de los que las completaron en el siglo XIX, todas meritísimas, padecen un exceso de prodigalidad, de prurito de rigor científico. Hay en las páginas de nuestro código lingüístico definiciones de plantas, de insectos o de detalles de la anatomía humana que no podrían desmerecer de la de los grandes Tratados. Esto es inadecuado. No sólo porque un Diccionario general es para todos y no para los especialistas, sino porque a medida que la definición es de intención más rigurosa suele ser, por paradoja, menos duradera.

Claro es que en esto estriba una de las principales dificultades del problema que nos ocupa, porque el hacer definiciones de conceptos técnicos con un sentido general es mucho más difícil que el hacerlas rigurosamente ajustadas a las normas científicas. Por de pronto, deben ser breves, casi lacónicas y con palabras lo menos alejadas posible del lenguaje empírico, lo cual para muchos técnicos es un sacrificio cruel. El modo de superar estos escollos es que la definición se haga colaborando, por una parte, el técnico y, por otra, los expertos en el lenguaje literario. Afortunadamente esta colaboración, siempre cordial, es una feliz tradición de nuestra Academia.

REACCIÓN ACADÉMICA TARDÍA

Y queda un último punto que tocar, el que plantea una de las observaciones hechas más arriba: el descuido con que a veces—diremos sin ambages que

muchas veces—la Academia tarda en darse cuenta de los nuevos tecnicismos hasta que están ya arraigados por el uso vulgar, difícilmente revocable.

La explicación de esa indiferencia, que quizá es más aparente que real, es fácil si se tiene en cuenta el enorme número de voces nuevas que brotan cada día de los laboratorios, de las fábricas, de los talleres; y de la absoluta arbitrariedad que supondría aceptarlas a todas desde el primer momento, puesto que muchas representan un error y no tienen vida más larga que un fuego fatuo. Los Diccionarios oficiales requieren necesariamente, por otra parte, una larga gestación, y por riguroso que fuera el celo de los encargados de esta tarea, pasaría antes de su publicación un número de años durante los cuales el sentido y la actualidad de los tecnicismos podrían radicalmente variar.

Este aspecto del grave tema que comentamos no tiene más que un remedio, ya anotado por algunos: el que al margen de la elaboración del Diccionario se confeccione un Boletín periódico, bi o trimestral, en el que los técnicos y los filólogos se adelanten con versiones exactas de las palabras a la interpretación empírica que el pueblo hará inevitablemente de las mismas. Debiera ser ésta una sección autónoma dentro de la organización académica; y ninguna otra la superaría en responsabilidad y en eficacia. Al publicarse cada nueva edición del Diccionario, éste encontraría ya hecho y juzgado el material importante de los tecnicismos concebido con una técnica uniforme y sancionado o no por el tiempo transcurrido entre la publicación del Boletín y la del Diccionario.

HACIA UN LENGUAJE VIVO

Creo que el Congreso de las Academias debería pensar muy severamente en estos problemas y en la última proposición que acabo de hacer. El porvenir nos va a arrollar. Si no nos decidimos a hacer un lenguaje vivo, repleto de los tecnicismos que hagan falta, sin miedo a extranjerismos, sin oposición puritana a ellos, nuestra lengua se escindirá en dos: una pura y culta, pero muerta, que manejará sólo una minoría, y otra que correrá por el arroyo, al margen del influjo académico, anárquica y corrompida.—GREGORIO MARAÑÓN.